

Estancias: departamento de dos dormitorios en un segundo piso de edificio con entresuelo. Villa de cuatro dormitorios distribuidos en una sola planta. Chalet esquinero. Dormitorio en residencia universitaria. Departamento con dos dormitorios en un patio posterior. Departamento de dos dormitorios con balcón a un jardín. Departamento con chimenea frente a un parque. Departamento de tres dormitorios en dos niveles. Dormitorio en casa compartida. Departamento de dos niveles, con cuatro dormitorios, sobre un monte de aserrín. Buhardilla. Pequeño departamento con ventana frente a un árbol con dos ardillas. Departamento con balcón en piso alto frente a una ría. Departamento con un gran ventanal a la calle. Suite con terraza interior. Estancias que contienen flujos de vida, retazos de memoria, imágenes que resplandecen, vibraciones corporales, vínculos con otros cuerpos. Estancias de diferente duración: unas de pocos meses, otras de algunos años. Estancias que conectan el antes y el ahora, lo cercano y lo lejano, lo propio y lo ajeno, lo privado y lo compartido. Estancias que hacen posible comparar, proyectar, desear, imaginar, recordar, escribir. Formas geométricas que preservan latencias del acontecer: lo vivido incrustado en el espesor de la materia arquitectónica. Estancia-permanencia. Estancia-nido. Estancia-rito. Estancia-inicio. Estancia-promesa. Estancia-memoria. Estancia-trayecto. Estancia-mapa. Estancia-vida. Estancias de partida y de regreso. En una estancia nos instalamos y desempacamos nuestro patrimonio portátil. Otorgamos un lugar a cada

cosa. Embalamos y envolvemos todo aquello que llevamos con nosotras a una nueva estancia. Volvemos a empacar, incluso, cuando no imaginas que apremia una nueva mudanza. Entre una y otra algo se pierde, algo se extravía, algo no va contigo en el reparto, algo guardas para recordar, algo rompes para olvidar, algo encargas para retirar más adelante, algo abandonas porque te causa dolor, algo escondes porque lo sientes tuyo, aunque ya no lo es, algo simplemente olvidas. Entre uno y otro movimiento va contigo la que eres y la que fue. Tras una mudanza, mudanza-duelo/mudanza-ruptura, sucede que algunos portarretratos se quedan sin lugar. Esos que alguna vez compraste para mostrar la imagen visible del instante feliz. Hay fotos que ya no pueden estar exhibidas y no sabes qué hacer con ellas. Nada duele más que las fotos que se quedan sin lugar. De objeto visible pasan, en un instante, a ocupar un sitio secreto e improvisado. Fotos desguarnecidas sin sus marcos, depositadas en algún sobre mientras dejas que el tiempo haga su trabajo de abandono y transformación. ¿Dónde depositar las cartas, las tarjetas, los papeles que portan escrituras íntimas? Escrituras que pasan de ser expresión de alegría a marcas de nostalgia. ¿Dónde colocar los suvenires, imanes, pequeñas valiosas tonterías compradas en el viaje compartido? A veces se impone el reparto de los bienes porque no todo era solo tuyo, aunque lo cuidabas como si lo fuera. ¿Qué hacer con los muebles que no puedes llevar contigo? El cuadro que compraste y descuelgas, traslada en los bordes de su marco el polvillo de la otra casa. Algo de ti se queda adosado a las paredes. Algunas de tus plantas dejan de recibir el agua de tus manos. Algo de ti se deshace en cada mudanza. En ese desplazamiento no todo tu cuerpo se mueve al mismo tiempo. A veces se nos queda allá, un rato más, el corazón, o la cabeza, o los ojos, o la nariz, o la boca, o los pies. Entramos en modo de desarticulación. Mudanza-desgarro. Mudanza-fragmentación. Mudanza-fractura. Suele ocurrir que la cabeza llega antes que el resto del cuerpo. O el

corazón se nos adelanta. O un brazo insiste en abrir la puerta que dejó de ser tuya. O resulta que las manos se quedaron allá, tocando, sosteniendo, acariciando lo que no quieren soltar. O no pueden soltar. La forma de tu cuerpo recostado sobre el sofá es aún visible entre las líneas que trazan pequeñas hendiduras en la tela afelpada que lo cubre. La espalda tarda en erguirse y sostenerse frente a nuevos ventanales. El cuello gira despacio buscando su nueva orientación. Un horizonte inesperado sobreviene con cada nuevo umbral atravesado. No podemos llevarlo todo a cuestas. Allá, en la estancia de la Bossano, quedaron mis sudores, mi aliento, mis pelos, mis pisadas, pedazos de mis uñas, marcas de mi urea, mis hervores, mis fluidos. En las estancias que habité alguna vez llegué a imaginar otras que nunca llegaron a ser, pero las soñé. Y el sueño de esas estancias imposibles también me constituye. Son varias y diversas las estancias que hice mías. Como hija. Como hermana. Como pareja. Como amiga. Como madre. Como amante. Yo y mis partes.

Esta es una escritura de duelo. De duelo vivido en confinamiento obligado. La experiencia de duelo acarrea consigo la inacabable sensación de pérdida. Y esa sensación se hace tangible en la experiencia de abandonar la estancia compartida con tu amada. La ausencia de esa estancia concentra una sensación de pérdida total y absoluta: el cuerpo y la presencia cotidiana de la amada, un ventanal, unos muebles, unas plantas, unos libros, unos objetos, una sonoridad, unos olores, un ritmo, unos hábitos, una forma de mover el cuerpo en el espacio cotidiano. Todo ello devino un solo cuerpo desgajado de mí. El cuerpo padece un desgarramiento total ante la pérdida de la casa compartida. Ese espacio de contención que nos abriga y nos hace sentir acogidas en el mundo, *a pesar de* su infinita inclemencia. En tal circunstancia, todo se triza. Y solo queda la ruina. La catástrofe a la que miras de frente, cobijada solo por la inmensidad del firmamento. No hay calles, ni ventanas, ni fiesta, ni espacio laboral, ni vida social para amainar el

dolor: el duelo coincide con la pandemia y el confinamiento. En trece años de convivencia con María, la mujer que es mono y toro a la vez, habitamos seis estancias. Ellas son horizonte y argamasa de esta escritura. Entran, también, las estancias de mi infancia y adolescencia, las de otros estadios de mi vida, las compartidas con mi hija Ale, la niña-llama de 30 años. Hay una memoria feliz adosada a las distintas estancias de mi habitar. Una memoria vibrante que me constituye. Pero esta es una escritura de duelo. El encierro me colocó en un estar muy sensible a mi entorno más inmediato: la materialidad geométrica de mi propia estancia, mis objetos, mis plantas, mis animales, mis gestos, mis órganos, mis afectos, mis vínculos. También estuvieron mis ojos adosados a todo aquello que dejó de estar junto a mí. Una sensibilidad agudizada devino escenario y dispositivo de escritura. Mirar, recordar, escribir, caminar, son actividades que ocuparon buena parte de mi reticulado temporal pandémico. Esta es una escritura de mis trayectos, reflexiones, acompañamientos, percepciones, experiencias y lecturas en tiempos de confinamiento. Es la desgarradura provocada por el dolor en donde se ancla esta escritura. Una desde donde me veo, me recuerdo, me reinvento, me cobijo, me acomodo, me divierto, me reencuentro. También ha sido una manera de responder al dolor, a la pérdida, al miedo, a la incertidumbre. Una forma de producir sentido allí, en donde está ausente. Una herramienta de afirmación en el presente. Una forma de provocar el reencantamiento en tiempos de oscuridad. De ser la misma y otra a la vez. De mirar hacia atrás y de frente, al mismo tiempo. De bregar con la catástrofe en el aquí de una nueva estancia, no desvinculada de su propia genealogía de espacios del habitar. No hay ficción. Hay escritura. Es literatura. Quiere ser leída como libro andrógino.